

Que por eso en su amargura
Abortó un libro coloso,
Que á su renombre asegura
En las edades reposo.
Cuando los siglos le lean
Hará que los siglos vean
En su cubierta roida,
En caracteres gigantes
Dos genios con una vida,
Un *Quijote* y un *Cervantes*.

Y si entre la espesa bruma
De esta edad que bulle inquieta,
De hediondo mar alba espuma,
El genio de otro poeta
Despliega su blanca pluma;
Si algun bardo colosal
Levanta entre la tormenta
Su cántico celestial,
De una centuria sangrienta
Salmodiando el funeral;

Cuando el tiempo, hombre sombrío,
El orbe rompa á pedazos,
Que sostenido en tus brazos
Huya su cuchillo impío;
Y en el día de furor,
Cuando al eco atronador
De la funeral trompeta
Se junte el mundo en un valle,
Mándale al mundo que calle,
Y díle que era un POETA.

ELVIRA.

Con furia en el bosque luchaban los vientos:
Del pino tronchado sonoro estallido
Se oía crujir,

Y el ave agorera sus tristes lamentos
Callaba, y del trueno lejano el bramido
Se hacia sentir.

Y lluvia copiosa los cielos enviaban,
Que en sulcos deformes la tierra partía
De angustia colmada:

Y al ver que en el monte mil rayos brillaban,
El hombre dijera que el mundo se ardia
Tornando á su nada.

Encina nudosa nacida entre peñas
Por donde derrumba su espuma un torrente,
Se mira á lo lejos:

Y apenas alumbra el rayo en las breñas
El arco ruinoso de gótico puente
Con túbios reflejos.

Suspense en la cima del arbol añoso,
De ramas tejido descendiendo un asiento:
En él aparece

Fantástica bruja de aspecto asqueroso
Sentada y serena.—Con ímpetu el viento
Silbando la mece.

—Ví palacios magníficos un día
Cuando fortuna en torno me reía,
Ví donceles y dueñas,
Que humildes me acataban;

Los vientos no zumbaban
Entre las rudas peñas.
Y oía yo cantares regalados,
Y oía al par los ecos apagados
De una lira distante;
Porque es grato á las bellas
Escuchar las querellas
De su bizarro amante.

Gimió el clarín y se lanzó la guerra
Bramando de furor—mustia la tierra
Lloró por su venida,—
Y vestido de acero
Fué al campo el caballero,
Y allí perdió la vida.

Y entraron victoriosos los contrarios
Respirando venganza —Sanguinarios!
Mis tierras ¿qué se hicieron?
Mis fieles servidores
En medio estos horrores
Luchando sucumbieron.—

Y el último era un héroe— y yo vagaba
Allá en su mente á tiempo que espiraba!

Muriendo ¡ay! me decía:
"Mi Elvira encantadora,
Llora tu esposo, llora
Sobre mi tumba fria."

Lloré, y venganza le juré á mi esposo,
Y se la di, que incendio estrepitoso
Consumió los salones
Que vivió su asesino;
Solo halló cuando vino
Denegridos terrones.

Contra su altiva frente el cielo mismo
Vibró su rayo, y el ruidoso abismo
Le tragó del torrente.
Yo le miré suspenso
Sobre el espacio inmenso
Maldecirme demente.—

Y me gozaba, y aplaudía en tanto,
Y daba al viento el desacorde canto
De la venganza mia;
Y oí sonar cercana
La lúgubre campana
Al tiempo que moría.

Crece ahora, huracán—alza bramando
Tu saña contra mí—yo iré cantando
Mis himnos funerales;
Con mis manos heladas
Yo romperé selladas
Las puertas infernales.

Cantaba la vieja: con sordo mugido
Los vientos llevaron su triste canción:
Del rayo en un punto el arbol herido,
Con ella caía:
Su grito de muerte se oyó, y todavía
Vagó por sus labios postrer maldición.

LA TARDE DE OTOÑO.

Ya viene el revuelto otoño
Recojiendo fresco y flores;
Pasó el sol con sus calores,
Y alumbra al fin otro sol:
Pasaron las alboradas
Deliciosas de la aurora,
Que el horizonte colora
De purpurino arrebol.

Pasaron las noches claras
De la luna y los jardines;
Las noches de los festines
Tras el otoño vendrán.
Pasó el tiempo de las citas
A deshora entre las rejas,
Los cuidados de las viejas,
De las niñas el afán.

Pasaron las serenatas
Debajo de los balcones,
Las rondas y las canciones
Del mancebo emprendedor.
Todo es ya triste: la tierra
Pierde su brillante alíno,
Y el amor, que es pobre y niño,
Alivio busca al calor.

Mas si se envuelve la noche
Entre su sombra importuna,
Si pierde su blanca luna
Y sus horas de placer;
Si pierde la fresca aurora
Sus aromas y sus flores,
Sus nubes de cien colores,
Su aureola de rosicler;

Le queda en cambio á la tarde
Todo el encanto del día,
Y henchida de su armonía
Sale el sol á despedir.
Bella es la tarde que baja
Por el rosado Occidente,
Y se apaga lentamente
Para volver á lucir.

Es púrpura el horizonte,
Y el firmamento una hoguera,
Es oro la ancha pradera,
La ciudad, el río, el monte.

Rey de los astros, el sol,
Del regio trono al bajar,
Su pompa querrá ostentar
En su manto de arrebol.

Por eso suspenso está
De su reino á la salida,
Jurando á su despedida
Que mañana volverá.

Banda de nubes de grana,
Que con sus reflejos tiñe,
Flotando en torno le cine
Como turba cortesana.

Ráfagas mil que se cruzan,
Filigrana de la tarde,

El sol que á su espalda arde
En colores desmenuzan.
Y al hundirse en Occidente
Partida en muchas la llama,
Por el cielo se derrama
Fosfórica y trasparente.
Es la postrera sonrisa
Del bello día que acaba,
Que de esa luz arrancaba
Su fresca ondulante brisa.

La fresca brisa que asoma
Por sobre la roca calva,
Remedo de la del alba
En frescura y en aroma.

A su venida tardías
Cierran su cáliz las flores,
Y trinan los raiñeñores
Sus postreras agonías.

Se les ve buscar la sombra
Entre las desnudas ramas,
Porque sus hojas de escamas
Sirven al suelo y de alfombra.
Que ya el inconstante viento,
Del otoño que aparece,
En los árboles se mece
Con brusco sacudimiento.

Flor, pronto inútil y sola,
En vez de la que él deshizo,
Orlará el campo pajizo
La purpurina amapola.

Brezos y arbustos impuros
De la montaña en la falda,
Vestirán su áspera espalda
Con sus matices oscuros.

Grupos de nubes perdidos
Como fantasmas deformes,
Traen en sus pliegues enormes
Vientos de invierno escondidos.

El arbol en largas hebras
Hiende sus cortezas vanas,
Y anuncian lluvias lejanas
Las rastras de las culebras.

Da el cuervo al aire su vuelo,
Graznidos á su garganta;
Rey del viento se levanta
Entre la tierra y el cielo.

Se oye de alguna paloma
Perdido el último arrullo,
De alguna fuente el murmullo
Que entre los juncos asoma.

Queda el mundo en soledad,
Y en el aire alzan su imperio,
De las sombras el misterio,
Y el humo de la ciudad.

INDECISION.

¡Bello es vivir, la vida es la armonía!
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
Un sol de fuego iluminado el día,
Aire de aromas, flores apiñadas:

Y en medio de la noche magestuosa
Esa luna de plata, esas estrellas,
Lámparas de la tierra perezosa,
Que se ha dormido en paz debajo de ellas.
¡Bello es vivir! Se ve en el horizonte
Asomar el crepúsculo que nace;
Y la neblina que corona el monte
En el aire flotando se deshace;
Y el inmenso tapiz del firmamento
Cambia su azul en franjas de colores;
Y susurran las hojas en el viento,
Y desatan su voz los ruiseñores.

Y la noche las orlas de su manto
Arrastra fugitiva en occidente;
Y la tierra despierta al fuego santo
Que reverbera el sol en el oriente.

¡Bello es vivir! Se siente en la memoria
El recuerdo bullir de lo pasado,
Camina cada ser con una historia
De encantos y placeres que ha gozado.

Si hay huracanes y aquilon que brama,
Si hay un invierno de humedad vestido,
Hogueras hay á cuya roja llama
Se alza un festín con su discordante ruido.

Y una pintada y fresca primavera,
Con su manto de luz y orla de flores,
Que cubre de verdor la ancha pradera
Donde brotan arroyos saltadores.

Y hay en los bosques gigantesca sombra,
Y desierto sin fin en la llanura,
En cuya estensa y abrasada alfombra
Crece la palma como yerba oscura.

Allí cruzan fantásticos y errantes,
Como sombras sin luz y apariciones,
Pardos y corpulentos elefantes,
Amarillas panteras y leones.

Allí entre el musgo de olvidada roca
Duerme el tigre feroz harto y tranquilo,
Y de una cueva en la entreabierta boca
Solitario se arrastra el cocodrilo.

¡Bello es vivir, la vida es la armonía!
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
Un sol de fuego iluminando el día,
Aire de aromas, flores apiñadas...

Arranca, arranca, Dios mío,
De la mente del poeta
Este pensamiento impío
Que en un delirio creó;
Sin un instante de calma,
En su olvido y amargura,
No puede sonar su calma
Placeres que no gozó.

¡Ay del poeta! su llanto
Fue la inspiración sublime
Con que arrebató su canto
Hasta los cielos tal vez;
Solitaria flor que el viento
Con impuro soplo azota,

El arrastra su tormento
Escrito sobre la tez.

Porque tú ¡oh Dios! le robaste
Cuanto los hombres adoran;
Tú en el mundo le arrojaste
Para que muriera en él;
Tú le dijiste que el hombre
Era en la tierra su hermano,
Mas él no encuentra ese nombre
En sus recuerdos de hiel.

Tú le has dicho que elijiera
Para el viaje de la vida
Una hermosa compañera
Con quien partir su dolor;
Mas ¡ay! que la busca en vano;
Porque es para el ser que ama
Como un inmundo gusano
Sobre el tallo de una flor.

Canta la luz y las flores,
Y el amor en las mugeres,
Y el placer en los amores,
Y la calma en el placer:
Y sin esperanza adora
Una belleza escondida,
Y hoy en sus cantares llora
La que alegre cantó ayer.

El con los siglos rodando
Canta su afán á los siglos,
Y los siglos van pasando
Sin curarse de su afán.

¡Maldito el nombre de gloria
Que en tu cólera le diste
Sentados en su memoria
Recuerdos de hierro están.

El día alumbra su pena,
La noche alarga su duelo,
La aurora escribe en el cielo
Su sentencia de vivir:
Fábulas son los placeres,
No hay placeres en su alma,
No hay amor en las mugeres,
Tarda la hora de morir.

Hay sol que alumbra, mas quema:
Hay flores que se marchitan,
Hay recuerdos que se agitan
Fantasmas de maldición.
Si tiene una voz que canta,
Al arrancarla del pecho
Deja fuego en la garganta,
Vacío en el corazón

¡Bello es vivir! Sobre gigante roca
Se mira el mundo á nuestros pies tendido,
La frente altiva con las nubes toca...
Todo creado para el hombre ha sido.
¡Bello es vivir! Que el hombre descuidado
En los bordes se duerme de la vida,
Y de locura y sueños embriagado
En un festín el porvenir olvida.
¡Bello es vivir! Vivamos y cantemos:
El tiempo entre sus pliegues roedores

Ha de llevar el bien que no gozamos,
Y ha de apagar placeres y dolores.
Cantemos de nosotros olvidados,
Hasta que el son de la fatal campana
Toque á morir.—Cantemos descuidados,
Que el sol de ayer no alumbrará mañana.

Eran aún los agitados días
En que mi juventud abandonada
Adivinó tal vez horas impías
Entre el crespon de la insondable nada;
Cuando con ojo avaro y penetrante,
Aun no poeta el porvenir medita
El niño, y ve pasarlo por delante
Árida nada que su sed irrita;

Quando el nombre del niño no es un nombre,
Cuando la idea informe no es idea,
Y en el alma del niño nace el hombre
Que idea y nombre se conquista y crea;

Entonces de la vida en el vacío
Soñé un bello fantasma que rodaba,
Gota brillante y fresca de rocío
En flor que brota entre pajiza lava.

Blanco ese sueño resbaló en mi mente
Puro y tranquilo como sel que nace,
Como se rompe el agua de la fuente
Y rodando en la yerba se deshace.

Era la forma trasparente y vaga
De un arcángel que cruza el firmamento,
Era un pliegue del viento que una maga
Vibró al cantar con aromado aliento.

Era la voz del arpa que se pierde
Entre el leve vapor de ancha laguna,
En cuyo fondo con las algas verde
Tibia refleja amarillenta luna.

Era en la mente perdida
Entre suspiros de gloria,
La esperanza y la memoria
Del amor de una muger:
Recuerdo en alma de niño,
Amor en alma de hombre,
Blanco fantasma sin nombre
Y sin hora en que nacer.

Permite, dulce embeleso,
Que mis labios en tus labios
Pongan un ardiente beso
Que se oiga en el corazón:
Que la mente del poeta,
En su entusiasmo violento,
Beba en tu mirada inquieta
La fogosa inspiración.

Que en la noche tempestuosa
Será bello ¡amada mía!
De la lluvia áspera y fría
Al desigual susurrar,

Tener contigo un poeta,
Sentado á la roja llama,
Con un corazón que ama
Y una voz para cantar.

Será bello en puro día
De fragante primavera
Su fanástica armonía
Escuchar en un jardín,
Y que en la ruidosa fiesta
Levante robusto canto,
Y que te vele tu siesta
Después de largo festín.

Te diga los caballeros
Que por tus favores lidian,
Y las damas que te envidian
El cantar del trovador:
Y en la tibia madrugada
Tus labios sobre su frente,
Duermas tú tranquilamente,
Soñando sueños de amor.

Y tu aliento con su aliento,
Y tu mano con su mano,
Con un mismo pensamiento
Que os halague al despertar;
Os encuentre la mañana
Y resbale vuestra vida,
Como parda luz lejana
De una tarde sobre el mar.

ORIENTAL.

Mañana voy, nazarena,
A Córdoba la sultana;
Mi amorosa cantilena
Ya no sentirás mañana
Al compás de mi cadena.

Quando vuelvan los cristianos
De los moros vencedores,
Lee mis destinos tiranos,
La historia de mis amores
En la sangre de sus manos.

Valiera mas que cautivo
En esa torre acabara
La triste vida que vivo;
Que la vida que hoy recibo
Me la vendas ¡ay! bien cara.

¡Adios! tu esclavo mañana
Ya no ha de causarte enojos;
Pero es esperanza vana:
Cautivo quedo, cristiana,
En la prisión de tus ojos.

¡Maldita, hermosa, mi estrella!
¿Qué ha de valerme la vida,
Si no he de hallarte con ella
Ni en Granada la florida,
Ni en mi Córdoba la bella?

De hoy me será el claro sol
Una lámpara importuna;
Hija del suelo español,
Tú eres mi sol y mi luna....
La aurora y el arrebol.

Pues en tí pierdo el sol hoy,
Sin tu sol no he de vivir;
Sultana, á Córdoba voy,
Que en las tinieblas que estoy
Presto, á fé, que he de morir.
Ha prometido Mahoma
Un paraíso, una huri...
Tú habrás de ser ángel, sí,
En esa region de aroma,
Y hemos de amarnos allí.

ROMANCE.

La noche no tiene ruido;
En la sombra no hay color;
No hay en los viejos cuidado,
Las dueñas no tienen voz;
Pero cuando todos duermen,
Estamos velando dos;
Ella en la reja sentada,
Y al pié de la reja *yo*.

Mis ojos no ven sus ojos,
No ven su tez trasparente,
No ven su rosada frente,
Ni su sonrisa de amor:
No ven el rubor de virgen
Que sus mejillas colora;
Tiene quince años ahora...
Las niñas tienen rubor.

No ven mis ojos avaros
Su casi desnuda espalda,
Ni entre la revuelta falda
Asomado el blanco pié:
Como en la orilla de un río,
Rompiendo la inquieta espuma,
Tender la flotante pluma
Nevado un cisne se ve.

Ni en su garganta y sus hombros
El alto pecho imagino,
Ni por su rostro adivino
Del corazon la inquietud;
Y tiene la áspera reja,
Centinela desvelado,
Delante el amor osado,
Detrás la frágil virtud.

¡Mas pese á la densa reja,
Pese á la noche sombría,
Yo tengo ¡paloma mia!
El alma bañada en tí!
Tengo mis labios de fuego
Sobre tus labios de rosa,
Y en tu pecho late, hermosa,
Un corazon para mí.

¡Adios! que por el oriente
La luz importuna sube,
Y envuelto en húmeda nube
Las tinieblas rasga el sol;
Y para una niña en vela,
Y el galan que la enamora,
Mucha luz tiene la aurora
En el brillante arrebol.

Vierta el alba en su sonrisa
Su armonía y su color,
Y se columpia la brisa
En el cáliz de la flor;
De rosa, lirio y claveles,
Robando el fragante olor,
Cuelga en los anchos laureles
Gemido murmurador.

Y gime la fresca fuente
Bajo el manto de cristal,
Y gime lánguidamente
La tórtola angelical;
Y enamorada paloma
Bebe la luz matinal,
Meciendo el aura de aroma
Con arrullo desigual.

En tanto el noble mancebo
El ancho jardin cruzó,
Murmurando por lo bajo
Enamorada cancion:
—“Oh! vuelve, noche, sin ruido,
“Con tu sombra sin color,
“Con tus viejos sin cuidado,
“Y con tus dueñas sin voz;
“Porque, cuando todos duerman,
“Volvamos á velar dos;
“*Ella* en la reja sentada,
“Y al pié de la reja *yo*.”—

A UN TORREON.

Gigante sombrío, baldon de Castilla,
Castillo sin torres, ni almenas, ni puente,
Por cuyos salones en vez de tu gente
Reptiles arrastran su piel amarilla.
Dime ¿que se hicieron tus nobles señores,
Tus ricos tapices de sedas y flores,
Tu gente de guerra, tus cien trovadores
Que alzaron ufanos triunfante cancion?
Tú estás en el valle cadáver podrido,
Guerrero humillado que el tiempo ha rendido:
Tu historia y tu nombre yaciendo en olvido
El mundo no sabe que existe *Muñon*.

Tus pardas ruinas me son de tormento,
Con negros recuerdos corroen mi alma...
Tú estás en mi mente, maldecida palma
Quemada del rayo, batida del viento!
Yo errante poeta, proscrito en el mundo,
Tal vez en el polvo de féretro inmundo,
Sin nombre, sin gloria, para siempre hundo
Mi frente abrasada de inútil sudor;
¡Por tí, resto infame, fantasma de duelo,
Morada maldita de un ángel del cielo
Que amé y me robaron...! ¡maldito tu suelo!
Maldito tu nombre... maldito mi amor,

Quédate, sí, en esa altura,
A la vergüenza del llano,
Castillo sin castellano,
Matrona sin hermosa.

De tí el tiempo se rió,
Tus torres se derribaron,
Tus vasallos te ultrajaron,
Tu señor te abandonó.
Quédate, negro esqueleto,
De fértil vega mancilla,
A esa ermita de Castilla
Sin sacerdote sujeto.

Sin pendones que ondear,
Sin blasones á la entrada,
Tu bóveda agujereada
No has podido sustentar.
Sin un eco en los salones,
Sin un soldado en el muro,
Hoy crece el arbusto impuro
Al pié de tus torreones.

Señor muerto en tierra ajena,
Olvidado de tu gente,
A pedazos de tu frente
Roba el viento tu melena.
Y pasa á tus piés el hombre
Sin buscarte en su memoria,
Porque no leyó tu historia,
Ni se acuerda de tu nombre.

Tú tienes uno, que en aciago día
En tu gastada piedra escribí yo,
Y el nombre de otro y la vergüenza mia
Con la tuya quedó.
Cuando mi labio le nombró, mentia;
Cuando mi mano le grabó, mintió;
Hoy... ya no existe; en su carrera impía
El tiempo le arrastró.

Y ese nombre celestial
Que el tiempo devoró al fin,
Una muger por mi mal
Le arrebató á un serafin;
El huracan de la vida
Solo dejó, ¡oh mi querida!
Para mi eterno tormento,
En prenda de maldicion,
Tu nombre en mi pensamiento,
Tu amor en mi corazon.

LA NOCHE DE INVIERNO.

A D. GENARO VILLAMIL.

Pintor, el viento se estrella
Bramando en esta ventana;
En pos de su airada huella
La lluvia y la noche van;
Prepara lienzo y pinceles,
Yo escribiré tu pintura,
Y conquistemos laureles
Al través del huracan.
Agua las nubes abortan;
Se ve la lumbre amarilla
De las centellas, que cortan
Nubes y lluvia al caer;

Se oyen girar las veletas
Sobre la gigante torre,
Y las pizarras sujetas
Agua y viento repeler.
Se ven oscilar sus lienzos,
Del crudo viento impelidos,
Que por los vidrios hendidos
Penetra inquieto hasta aquí.
Esos retratos colgados,
Que unos con otros se chocan,
Son escudos conquistados
Y blasones para tí.

Oyese el son temeroso
De campanas que rompiendo
De los hombres el reposo,
Conjuran la tempestad;
Se oye en la calle azorado,
De alguno que huye la lluvia,
El paso precipitado
Cruzando en la oscuridad.

Encendamos una hoguera
Cuya roja llama alumbre
Esos rostros en hilera
Colgados en la pared:
Que, mecidos por el viento
Y animados por la llama,
Nos darán un pensamiento
Y una corona tal vez.

Tú tienes dentro la mente
Galerías, catedrales,
Todo el lujo del oriente
Todo un mundo que pintar:
Tú tienes en tus pinceles
Derruidos monasterios,
Con aéreos botareles
Y afligranado altar.

Tienes torres con campanas
Y transparentes labores,
Castillos con castellanias
Que aguardan á su señor;
Y bóvedas horadadas,
Y silenciosas capillas,
Donde en marmóreas almohadas
Yace el muerto fundador.

Y antiquísimas ciudades
Que, por el tiempo roidas,
Cuentan al tiempo verdades
Que él se desdeña escuchar:
Tienes en el valle fuentes,
Peñascos en la montaña,
Y en los peñascos torrentes
Que se arrastran á la mar.

Tienes en los mares islas,
Con ciudades y jardines,
Y en los jardin es festines,
Y en los festin es placer...
Prepara lienzo, y pinceles;
Y deja que el viento brame
Y la lluvia se derrame,
Y estalle el rayo al caer.

A inspirar los han venido
La noche con sus tinieblas,
El rayo con su estampido,

La lluvia con su rumor:
Tú pintarás lo que sientas;
Yo escribiré lo que siento
En el empuje violento
Del huracán bramador.

Yo escribiré cómo muge
El vendaval en tus torres,
Cómo entre las jarcias cruje
Del buque que va á anegar:
Cómo zumba en las almenas
Con que ciñes tus castillos,
Cómo silba en las cadenas
Que el puente han de sujetar.

Escribiré cómo imita
La humana voz en las rocas,
Y como el milano grita,
Y ruge como el león,
Silba como la serpiente,
Sorbe como la lechuza,
La voz de un incendio miente
Al cruzar un torreón.

Miente el graznido de cuervo,
Brama como el ronco toro,
Remeda el distante lloro
De una garganta infantil;
Y azotando los cristales,
Finge el fantástico vuelo
De espíritus infernales
Que pasan de mil en mil.

E imita el rumor confuso
De clarines y de aceros,
De carros y caballeros
Que van marchando detrás,
Y de un lejano combate
Los alarmantes clamores,
Y el ruido de los tambores
Que redoblan á compás,

Tú pintarás la montaña
Entre la niebla sombría,
Pintarás la lluvia fría
Derramada desde allí;
Los alcázares morunos,
Los pilares bizantinos,
Monumentos peregrinos
Embellecidos por tí.

Pintarás los gabinetes
Cincelados de la Alhambra,
Y el humo de los pebetes
Y las bellas del haren.
Tú pintarás las memorias
Que nos quedan por fortuna,
Yo escribiré las historias
Que vida á tus cuadros den.

Te diré el blando murmullo
De las aguas destrenzadas,
Y el melancólico arrullo
De la tórtola que amó;
Te diré cómo se mecen
Las flores sobre los tallos,
Cómo nacen, cómo crecen,
Cómo el sol las agostó.

Tú nos pintarás al hombre
Con su choza ó su palacio,

Y yo te diré su nombre,
Y lo que en el mundo fué:
Tú al mundo darás colores,
Yo le daré lengua y vida;
Tú pintarás los amores,
Y yo te los cantaré.

¡Pintor! que la noche rueda
Con el ronco torbellino,
Que envuelta en tormentas quede
La desvelada ciudad:
Nosotros lejos del mundo
Otro mundo gozaremos,
De la hoguera que encendemos
A la roja claridad.

Calderon, Murillo, Ercilla,
Colgados por las paredes
Con su estoque y su golilla,
Forman nuestro mundo aquí.
Ahí están Lope, Cervantes,
Vinci, Rivera, el Ticiano.
Con tintas para tu mano,
E inspiracion para mí.

Prepara lienzo y pinceles,
Desplega tu fantasia;
Cuando nos sorprenda el día
Que alumbré una creacion.
Pintor, ese torbellino
Ha venido á visitarnos:
En él nos trajo el destino
La violenta inspiracion.

RECUERDOS DE TOLEDO.

LA CATEDRAL.

INTRODUCCION.

Ese monton de piedras hacinadas,
Morenas con el sol que se desploma,
Monstruo negro de escamas erizadas
Que alienta luz y música y aroma;
A quien un pueblo inválido rodea
Con pies de religion, frente de miedo,
Que tan noble lugar mancha y afea,
Es catedral de lo que fué Toledo.

Pálida y triste, pobre y abatida
Llora el favor de los hundidos años;
Reina sin corte, anciana y desvalida,
Por sus hijos robada y los extraños.
Por vestir el espectro de su nada
Hoy convoca sus hijos á las fiestas,
Celebrando su mal, desesperada,
Con campanas, con órganos y orquestas.

Gigante que mufiendo en la llanura
A manos de contrario mas valiente,
Con voz tremenda su venganza jura,
Y fuerza y vida en sus palabras miente.
Una tribu elegante y voluptuosa
De otro país de fuentes y de flores,

Los cimientos fundó donde reposa,
Para otro Dios de guerras y de amores.
Y un rey, ó mas piadoso ó mas prudente,
Cambióla en templo por sellar su gloria;
Y tal vez dijo al Dios omnipotente:
Tuyo es el nombre, mia la memoria.
Quedóse al fin en templo consagrado
Del sumo Dios bajo el escelso nombre,
Para ser á los tiempos revelado
Como página histórica de un hombre.
Mas apilando el tiempo los despojos
De los mismos valientes que la hicieron,
Vasto sepulcro levantó á sus ojos
Donde un palacio levantar creyeron.
Y hoy al caer del templo la grandeza
Muestra el coloso, al espirar su imperio,
Que ha cobijado su mortal corteza
Templo, historia, palacio y cementerio.

I.

Con ceño sombrío mira
El Tajo que á sus piés corre,
Y al despecho que la inspira
Con las gargantas suspira
De sus campanas la torre.
Que tiene para consuelo
En su abatimiento y mengua,
La frente cerca del cielo,
Y para hablar con el suelo
Trece campanas por lengua.

Con tan gigante armonia
Todo su cuerpo estremece,
Y al oír se creeria
Que crece así su alegría
Cuando su estrépito crece.
A ese clamor tan violento,
Incapaz de tanto ruido,
Vibra fatigado el viento,
Dejando el confuso acento
Por la atmósfera perdido.

Que en su canto desigual
Hay música tan liviana,
Que en su murmullo infernal
Canta y llora y rie insana
Con sus lenguas de metal.
Que ellas progonando van
Lo que sus clamores son,
Que á veces tristes están
Pidiendo por los que van
A eterna condenacion.

Y en su clamor muestran bien
Otras el alegre fin,
Pues revoltosas se ven
Cual si colgadas estén
Por heraldos de un festin.

Otras en su inquieto afán
Ruedan y vibran, segun
Con los clamores que dan
Al mundo anunciando están
Placer ó luto comun.

Y en vez de agudo esquilon,
De la tarde anuncia el fin

El doblar de la oracion,
Que apaga su ronco són
Del horizonte al confin.
A su movimiento enorme
Rueda en el cóncavo hueco
De la bóveda, el informe
Postrer quejido del eco
Con vibracion uniforme.
A su paso estremecidas
Oscilan allá en las sombras
Las lámparas suspendidas,
Dibujando en las alfombras
Sombras y luz confundidas.

Cobra entonces movimiento
Todo el templo y se estremece,
Cual fantasma de un momento
Que alza el rostro macilento
Y al punto se desvanece.
Van luego dejando ver
Los vacilantes reflejos,
Las sombras al repeler,
Los objetos á lo lejos
Sus formas desenvolver.

Se van mostrando despacio
Las verjas de oro amarillas,
Canceles de aquel palacio
Que dividen el espacio
De la nave y las capillas.
Se ven en turbios colores
Detras de los altos hierros,
Entre marmóreas labores
Cumpliendo así sus destierros
Dormidos los fundadores.

Se ven al rayar el día
En los pintados cristales,
Cómo luchan á porfía
La claridad que lucia,
Y los rayos matinales.
Entonces el sol brillante
Que á las ventanas asoma,
Su fogosa luz gigante
En la llama agonizante
De las lámparas desploma.

Dejan torre y capitel,
Y entran por los rosetones
Las sombras huyendo del,
Plegándose en los rincones
En fantástico tropel.

La luz del templo señora,
Por el templo derramada,
Saluda al Dios que ella adora
Por las losas prosternada
Ante el ara que colora.

Ciñe la bóveda, avara,
Y en los robustos pilares
Se quiebra picante y clara,
Y bulliciosa se ampara
Del oro de los altares.

Que jóven, y rica y bella,
En la riqueza se posa,
Y en los diamantes destella,
Y en la joya mas vistosa
Para competir con ella.

Porque el astro rey la envía
A que sus galas ostente,
Y en la bóveda sombría
Vierta la lumbre del día
Revoltosa y trasparente.

II.

Se oyen despues los pasos mesurados
Del sacerdote, y la crujiente seda
Del manto que, los lienzos desplegados,
Por el sonoro pavimento rueda:

Cual si al cruzar se oyera el vago aliento
Con que á cumplir con su mision le incitan,
Soplando bajo el mudo pavimento
Las osamentas que á sus piés dormitan.

Se coronan de antorchas los altares,
Se sienten rechinar las verjas de oro,
Se escuchan los católicos cantares
Vibrar sublimes desde el hondo coro.

Se ve el pueblo llegar y reverente
Postrarse humilde, y bendecir la vida,
Y alzar del suelo la humillada frente,
De la luz de los ángeles ceñida.

Y se alza del altar la voz tremenda
Que las palabras del Señor repite,
Cantadas porque el pueblo las comprenda,
Solemnes porque el pueblo las medite.

Y el órgano despliega rebramando
La voz robusta de las trompas de oro,
Como por la cascada caen rodando
Aguas y espumas en tropel sonoro.

Y en los aires á torrentes
Vierte la música santa
Por la céntuple garganta
De los tubos de metal:
Y en sus cánticos remeda,
Con el prolongado acento,
El ronco bramar del viento
O el crujir del vendabal.

O finje en sôn temeroso
La aguda lengüetería
La discorde gritería
Del infierno en rebelion;
O con lamento apagado
Canta al justo moribundo
Saliendo alegre del mundo,
Sin ira en el corazón.

Canta el placer de la esposa
Que inquieta al esposo aguarda,

Canta al esposo que tarda
A sus puertas en llamar.
O entonando del profeta
La sacrosanta salmodia,
Sublimemente parodia
El fuego de su cantar.

Y llora con Jeremías,
Y entona en arpa de flores
Los voluptuosos amores
Del sabio rey Salomon;
Canta los cedros del Líbano,
La castidad de Susana,
Y Jezabel la profana,
Y el vigoroso Sanson.

O en tonos mas desmayados
La postrera despedida
Que dió á la penosa vida
El Hacedor de la luz;
O mas lánguido remeda
Las lágrimas de María,
Cuando en el terrible día
Lloraba al pié de la cruz.

Mas pasan las santas horas
Y cesa la voz que canta,
Y el pueblo que se levanta
Murmura á su vez tambien:
Se oye el rumor de sus pasos
Que por las naves se alejan,
Y las capillas que dejan
Abandonadas se ven.

Apenas un sacerdote
Que sordas preces murmura,
Cruza con planta insegura
Por delante de un altar.
Se oyen correr los cerrojos
Y las cortinas de seda,
Y hacinadas en manojos
Se oyen las llaves chocar.

No queda en el santo templo
Mas que el ambiente de aroma,
La luz del sol que se asoma
Por el pintado cristal;
Las tumbas de las capillas
Y los pálidos reflejos
De lámparas que á lo lejos
Penden de un arco ojival.

Pasa el sol, viene la tarde,
Y el día desaparece,
Y la negra sombra erece,
Y su imperio vuelve á ser.
Se estrella por fuera el viento
En la calada ventana,
Y lo que *ayer* fué *mañana*,
Mañana se dice: *ayer*.

SEGUNDA PARTE.

A MIS AMIGOS

DON JUAN DONOSO CORTES

DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

Cuando publiqué el tomo primero de mis poesías cediendo á vuestras instancias, no fué otro mi intento que el de reunir en una coleccion los versos que tal vez no habian desagradado al público. Escritos estos en diferentes épocas de mi vida, y en diversas circunstancias, cada composicion se resiente de las que la pertenecen. El triste se querella, y el alegre canta; uno gime desesperado, y otro ríe á carcajadas, y esto es muy natural; de aquí los distintos géneros de mis versos. Tuve, como todos los hombres, momentos de placer y horas de amargura; en estas lloraba, y en aquellos reía; por consiguiente, el conjunto de mis primeros ensayos no pudieron tener mas objeto que el de trasladar al papel las inspiraciones del corazón.

Al publicar el segundo, he tenido presentes dos cosas: la patria en que nací, y la religion en que vivo. Español, he buscado en nuestro suelo mis inspiraciones. Cristiano, he creído que mi religion encierra mas poesía que el paganismo. Español, tengo á mengua cantar himnos á Hércules, á Leonidas, á Horacio Coeles y á Julio César, y abandonar en el polvo del olvido al Cid y á Don Pedro Ansurez, á Hernán Cortés y García de Paredes. Cristiano, creo que vale mas nuestra María llorando, nuestra severa semana santa, y las suntuosas ceremonias de nuestros templos, que la impúdica Venus, las nauseabundas fiestas Lupercales, y los vergonzosos sacrificios de Baco y de Pluton. Español, hallo cuando menos mezquino y ridículo buscar héroes en tierras remotas, en menoscabo de los de nuestra patria; y cristiano, tengo por criminal olvidar nuestras creencias, por las de otra religion contra cuyos errores protestamos á cada paso.

En cuanto al género de mis versos, aprovecho el momento de la inspiracion, sin curarme de las formas con que los atavió, y sin seguir mas escuela

que mi propio capricho. Convengo en que esto puede ser muy perjudicial; pero yo pienso así, y cada cual tiene derecho á pensar lo que mas le plazca, en tanto que no piense mas de lo que le toca.

Y ahora, amigos míos, me queda una sola cosa que deciros, y es: que como es muy probable que los poetas no poseamos nunca mas que nuestros versos, os dedico los míos, porque no me ocurre otra cosa que poderos ofrecer; y (por via de paréntesis) me llamo poeta, no porque yo me tenga presuntamente por tal, sino porque he escrito estas poesías.

Leedlas, si no os cansan, y acordaos siempre de vuestro amigo

JOSE ZORRILLA.

Madrid, 15 de Junio de 1838.

EL DIA SIN SOL.

INTRODUCCION.

Dies ira dies illa
Solvat seclum in favilla (1)

Hizo al hombre de Dios la propia mano,
Que tanto para hacerle fué preciso:
Hízole de la tierra soberano,
Y le dió por palacio el paraíso.—

Agil de miembros, la cerviz erguida
Orlada de flotante caballera,
Los claros ojos respirando vida,
Luenga la barba, y con la voz severa.

Hechos para el deleite sus sentidos,
Vieron los ojos luz, gustó la boca,
Olió el olfato, oyeron los oídos . . .

Todo es placer cuanto pasando toca.
La yerba perfumada en la colina,
Dióle un lecho do yace blandamente,

(1) La paráfrasis del *Dies ira* está espresamente escrita para Don Nicomedes Pastor Diaz, cuyo primer pensamiento le debe el autor.